

Propuestas éticas de Santo Tomás de Aquino, Immanuel Kant y Sigmund Freud: equidad y justicia en el siglo XXI

Roberto Echevarría Marín
el Departamento de Comunicación Empresarial
Universidad de Puerto Rico en Río Piedras

Resumen

En este trabajo se argumenta que Santo Tomás de Aquino, Immanuel Kant y Sigmund Freud se hubiesen opuesto a desregular la economía porque permite la expresión de instintos irracionales egocéntricos y destructivos que causan daño a los demás y lesionan el tejido social. Con ese fin, examinaré la conducta antiética de las empresas calificadoras de riesgo Standard & Poor's y Moody's durante la Gran Recesión del 2007 y la integración del sistema de salud corporativo a la red financiera de Wall Street en detrimento de los pacientes y de las personas que no tienen acceso a servicio médico.

Palabras clave: Santo Tomás de Aquino, Immanuel Kant, Sigmund Freud, Neoliberalismo, la Gran Recesión del 2007

Abstract

In this article, it is argued that Saint Thomas Aquinas, Immanuel Kant, and Sigmund would have opposed deregulating the economy because it allows the expression of irrational egocentric and destructive instincts that harms people and undermines society. In that sense, we will examine the corporate misbehavior of the credit rating agencies Standard & Poor's and Moody's during the 2007 Great Recession and the integration of the corporate healthcare system into Wall Street's financial web.

Keywords: Saint Thomas Aquinas, Immanuel Kant, Sigmund Freud, Neoliberalism, 2007 Great Recession

A mediados del siglo XX se solía decir que la alta Edad Media (AD 1000-1300) era un desierto cultural y que nuestros ancestros neandertales carecieron de inteligencia. Hoy se sabe que estas dos premisas son incorrectas. Los neandertales dejaron constancia de su inteligencia y de su creatividad en las notables pinturas rupestres en las cavernas de Lascaux, entre otras, que donaron a la humanidad. San Agustín, Averroes, Avicenna, Roger Bacon, Chaucer, Dante Alighieri, Petrarca, Santo Tomás de

Aquino y Margery Kempe, entre otras personas, evidencian la intensa producción intelectual y cultural que caracterizó ese momento histórico.

De modo similar, la historia universal ha demostrado que concebir a los seres humanos como racionales, individuos movidos por evidencia empírica y la protección de la naturaleza que propicia la vida y el bien común ha resultado ser falsa. Desde tiempos inmemoriales hombres

poderosos han matado, robado, destruido, oprimido y explotado a sus semejantes, lo que no hace ninguna otra especie animal. Peor aún, prácticas que se podrían considerar superadas parecen regresar. Así, por ejemplo, *The New York Times* ha denunciado el empleo de niños en trabajos peligrosos como el techado de casas y empacadoras de carne.¹ Esto, en el siglo XXI, no parece perturbar a los adultos que se enriquecen a costa de estos niños laboralmente explotados. En momentos en que escribo, el gobierno israelí ha respondido a la brutalidad criminal de Hamas con un despliegue de violencia desproporcionada sobre una población civil inermes que incluye mujeres y niños en la Franja de Gaza, una guerra que estremece a la humanidad.² Estos ejemplos bastarían para que cualquier fiscal evidenciara en un tribunal el potencial destructivo y egocéntrico que se anida en la mente de los seres humanos. Por otro lado, crisis humanitarias discurren en forma paralela desde Yemen hasta Haití; minorías étnicas o religiosas son perseguidas desde China hasta India.

Nuestra convulsa historia contemporánea enmarca la irracionalidad y la crueldad que desencadenan individuos poderosos contra los más vulnerables. Este caos evidencia la necesidad de que los seres humanos vivan acorde a normas y leyes éticas en armonía con el bien común, normas que contravengan sus peores instintos por el bien de todos (Brimmer, 2007; Bishop, 2013; Valentine & Fleishman, 2008). En el mundo empresarial, argumentan Valentine y Fleischman, preceptos éticos pueden tener un impacto positivo sobre la organización: “The development and advancement of codified professional standards should ideally encourage companies to perform responsibly, as well as enhance employees' opinions regarding the favorableness of social performance”

(663). Santo Tomás de Aquino, Sigmund Freud e Immanuel Kant reconocieron el poder destructivo y antisocial de nuestros instintos irracionales y la necesidad de vivir acorde a propuestas éticas que conduzcan al bien común y eviten el abuso de poder de funcionarios públicos y privados. Estos tres pensadores coinciden en la necesidad de neutralizar la conducta ilógica de individuos que pretenden satisfacer deseos materiales y narcisistas a costa del prójimo y de generaciones presentes y futuras.

En ese sentido, el Neoliberalismo institucionaliza el egoísmo, la acumulación desmedida de riquezas y el control de servicios esenciales públicos para fines de lucro. Además, sus personeros conculcan facultades del estado para provecho del capital, mientras socavan instituciones democráticas (Davis, 2023; Aguirre et al 2006; Zwick, 2018; Harvey, 2007). Según proponentes de esta filosofía económica como Friedrich Von Hayek y Milton Friedman, el gobierno es ineficaz; la empresa privada, por el contrario, es paradigma de eficiencia. Para que esa agenda tenga lugar, se requiere libertad económica absoluta, acceso irrestricto a mercados globales y desregulación para propiciar progreso para todos (Asen, 2017; Przeworski, 1992). En fin, pretenden “[to]...bring all human activity into the domain of the market” (Harvey, 2007, p. 3). Concreta un ideario global que opera en detrimento del bien común, deslindado de consideraciones éticas. Concreta una propuesta económica centrípeta, que gravita hacia sí misma, de alcance global homogeneizador; como expresa Wendy Brown, “...neoliberal rationality disseminates the model of the market to all domains and activities — even where money is not at issue — and configures human beings exhaustively as market actors, always, only, and everywhere as homo oeconomicus” (Asen 330).³

En este ensayo, intentaré evidenciar que Santo Tomás de Aquino, Immanuel Kant y Sigmund Freud hubiesen combatido la desregulación de la economía porque posibilita conductas destructivas y narcisistas que lesionan la vida de personas vulnerables y agudizan conflictos sociales. Para ello, examinaré dos casos paradigmáticos: el sistema de salud privado imperante en Estados Unidos y la venta al mejor postor de calificaciones crediticias llevadas a cabo por las agencias calificadoras Moody's y Standard & Poor's, considerada como una de las causas significativas del sufrimiento y la desposesión que sacudió la vida de millones de estadounidenses a raíz de la Gran Recesión de 2007.

La necesidad de la ética en el convulso siglo XXI

Vivimos en un mundo irracional, ha dicho Sigmund Freud, porque fue creado por una mente irracional. Desafortunadamente, el mundo ofrece muchos ejemplos. La extrema derecha se ha encumbrado en países inimaginables como Alemania, Suecia, Suiza, Italia y Holanda. Mujeres y niños pagan con sus vidas por la incapacidad de líderes políticos de resolver diferencias por medio de soluciones políticas que viabilicen la paz y la convivencia. El planeta se destruye a un paso acelerado. Desde Estados Unidos hasta Inglaterra, la clase media y la empobrecida pierden poder adquisitivo. Migrantes enfrentan rechazo y violencia en el llamado primer mundo. Peor todavía, individuos con poder político y económico comprometen la vida de futuras generaciones mediante políticas de austeridad, la reducción de servicios públicos y la transferencia masiva de dinero y recursos públicos a manos privadas. Solidificar privilegios económicos y políticos constituye el marco de acción del sector económico dominante. El tiempo se

reduce a la inmediatez, a estrategias que propicien acumulación de riquezas. El futuro, por tanto, no existe. Bien lo metaforiza Bindé: "From the short term to what is immediate, from arestrictedhorizon to the absense of any horizon" (51).

Violencia, empobrecimiento, deshonestidad financiera, corrupción política e intolerancia confirman una premisa de Freud: la relación con otros seres humanos constituye una de las mayores fuentes de dolor existencial. Esta situación de opresión y abuso global implica que los seres humanos no somos confiables. Ya lo dice Jean Paul Sartre en su texto clásico *El ser y la nada*: Solo puedo confiar en lo que hago porque no tengo garantía de que el otro hará lo que le corresponda. La irracionalidad de todos los actores mundiales que han trastocado la paz y la justicia imponiendo idearios que les privilegian demuestran que la humanidad no puede vivir sin un código ético. Santo Tomás de Aquino, Immanuel Kant y Sigmund Freud tratan de enseñarnos a vivir conforme a pautas que propicien la sana y justa convivencia entre todos los seres humanos. Creo que estamos a tiempo para aprender, sanar y construir.

¿Regular o desregular?

El estado debe velar por el bienestar común mediante leyes y preceptos que regulen la actividad económica (Coglianese, 2018; Griffith-Jones, 2009; Murphy, 2013; Gorton & Metrick, 2010). La historia económica estadounidense demuestra que la desregulación constituye una tentación conducente al fraude y al enriquecimiento ilícito, a la ilusión de poder y acumulación de dinero ilimitada. Mas aún, legítimas prácticas corporativas y financieras legales que, aunque legales o desreguladas, lesionan el bien común. Veamos dos ejemplos en Estados Unidos: el sistema de salud vigente y la conducta corporativa deshonestas de

Moody's y Standard & Poor's, quienes vendieron sus calificaciones crediticias al mejor postor, contribuyendo significativamente a la Gran Recesión de 2007.

La salud: rédito comercial

Estados Unidos es el único país industrializado que carece de un plan de salud universal. La salud, por tanto, no se reconoce como un derecho humano. Una quinta parte de los estadounidenses de la primera o segunda edad carece de seguro médico. Peor aún, el desigual acceso a servicios médicos sigue en aumento. No es cuestión de presupuesto. Ninguna nación del planeta gasta más en salud que Estados Unidos (Vladeck, 2003). Dos décadas después del estudio de Vladeck, treinta millones de estadounidenses carecen de seguro médico (Einav & Frankelstein, 2023). Aun las personas afortunadas que pueden pagar por seguro médico enfrentan limitaciones de acceso y podrían quedar en bancarrota luego de tratamientos o cirugías costosas, cuyo precio aumentan conglomerados médicos para especular comprando sus propias acciones con el fin de aumentar su valor ficticio en el mercado.⁴ En estas empresas, el interés financiero prevalece sobre su compromiso ético con la sociedad. Entre el 2012 y el 2021 estos negocios médicos gastaron \$9.2 trillones en la compra de sus propias acciones (Wood & Sacks 2023). A mediados del 2020, casi 18% de la población estadounidense enfrenta deuda médica; esto, antes de la crisis del COVID. Los mayores deudores viven en vecindarios empobrecidos de estados sureños que rehusaron acogerse a beneficios de Medicaid por razones políticas (Kluender et al 2021). Paradójicamente, tres quintas partes de las personas agobiadas por facturas médicas tienen seguro médico.⁵ Aun las personas protegidas por el *Affordable Care Act* podrían perder cobertura eventualmente (Einav & Frankelstein 2023).

Para detrimento de los pacientes, la consolidación de hospitales ha aumentado de 10% (1970) a 67% (2019). Como resultado de esa movida financiera y administrativa, se aumentaron los precios, desmejoraron los resultados y la calidad de los servicios médicos, se cerraron unidades especializadas o se redujo el acceso a servicios prenatales y neonatales, cuidado intensivo, psiquiatría y cirugías cardíacas. Además, se redujeron salarios de profesionales de la salud y el personal perdió poder de negociación frente al patrono (*American Economic Liberties Project*, 2023). Por otro lado, las personas de la tercera edad experimentaron tasas mayores de complicaciones médicas en hospitales comprados por fondos de capital privado (*private equity fund*). Al cabo de tres años se registró un aumento de 38% en las peligrosísimas infecciones de la vía central a raíz de reducciones presupuestarias en estas instituciones (Kannan et al, 2023).

Según el Kaiser Family Foundation, cien millones de estadounidenses enfrentan deudas que ascienden a \$200 billones de dólares. El *American Journal of Public Health* estima que 530,000 personas se van a la bancarrota anualmente debido a gastos médicos exorbitantes. Evidentemente, el cariz corporativo y financiero del aparato de salud estadounidense, su inserción en el mercado especulativo y la desprotección médica que tiene lugar inflige daño económico, físico y mental a cientos de miles de estadounidenses, mientras un grupo de ejecutivos corporativos devenga una cantidad extraordinaria de dinero no por la administración, distribución y acceso de servicios médicos socialmente orientados, sino por su *performance* en el especulativo mercado financiero. Como concluye *The New York Times*,

After decades of unchecked mergers, healthcare is the land of giants, with

one or two huge medical systems monopolizing care top to bottom in many cities, states, and even whole regions of the country. Reams of economic research show that the level of hospital consolidation today — 75 percent of markets are now considered highly consolidated — decreases patient choice, impedes innovation, erodes quality and raises prices” (Rosenthal, 2023)

La Gran Recesión del 2007: el papel perturbador de Moody’s y Standard & Poor’s

La desregulación tuvo un papel protagónico en el colapso financiero de 1929 en Estados Unidos. El mercado de valores parecía ser la gran panacea del sueño estadounidense. Millones de personas compraron acciones con dinero propio o prestado. Los bancos invirtieron los depósitos de sus clientes sin su autorización. En ese contexto de especulación desenfadada, los valores bursátiles alcanzaron precios ficticios insostenibles. Así, por ejemplo, una acción de la compañía RCA subió de valor de \$2.50 hasta llegar a \$500. Las instituciones tomaban prestado para comprar acciones. Luego de varias alzas y bajas, el 29 de octubre de 1929 el mercado perdió \$14 billones de dólares. Cientos de bancos cerraron sus puertas. Los ingresos de la agricultura mermaron 50%. Una de cada cuatro personas o casi 13 millones perdieron sus empleos. Millones perdieron sus ahorros y sus inversiones en el mercado. Para julio de 1932 el mercado había caído en un 89%.

Como respuesta, el Congreso aprobó el *Banking Act of 1933* o *The Glass-Steagall Act*. Los legisladores consignaron su intención en la misma primera oración del proyecto: “To provide for the safer and more effective use of the assets of banks, to

regulate interbank control, to prevent the undue diversion of funds into speculative operations, and for other purposes”. Tras 66 años de cabildeo incesante, la banca logró que el Congreso dejara sin efecto las protecciones al interés público codificadas en el *Banking Act*. Esa acción congresional, avalada por un entusiasta Bill Clinton, tuvo como resultado The *Financial Services Modernization Act (Gramm-Leach-Bliley Act)*. Esa ley desreguló la actividad económica, fomentó la creación de conglomerados bancarios y debilitó el control sobre los complejos productos financieros estructurados, causales significativas de la Gran Recesión de 2007. Como suele suceder, los más vulnerables sufrieron los efectos directos de esa histórica debacle económica. Entre otras consecuencias en Estados Unidos, veintiséis millones de personas quedaron desempleadas, ocho millones perdieron sus hogares o enfrentaron desahucio inminente, once trillones de riqueza familiar se evaporaron y desaparecieron cuentas de retiro y de ahorros. Como indica un informe del Congreso: “The collateral damage of this crisis has been real people and real communities” (xvi).⁶

Según este informe, bajas tasas de interés, escasa regulación y la proliferación de hipotecas tóxicas y paquetes de productos estructurados de contenido y valor imposible de determinar, entre otros elementos, interactuaron para generar el colapso de la burbuja inmobiliaria. Trillones de dólares en hipotecas riesgosas corroyeron los conductos del aparato financiero. Una misma hipoteca podía, como una célula cancerosa, dividirse y subdividirse para integrar nuevos productos estructurados vendidos a un mercado voraz, comprador insaciable de esta basura financiera que, como caballo de Troya, socavó la estabilidad financiera del planeta. La crisis se anunciaba a sí misma pero sus señales

fueron ignoradas: numerosos préstamos hipotecarios *subprime* (extendidos a persona con crédito pobre o inexistente), alzas insostenibles en el precio de las viviendas, numerosas denuncias de prácticas crediticias depredadoras y un alza “exponencial” en transacciones producto de ardidés financieros consistentes en hipotecas tóxicas y “productos” derivados replicados *ad nauseam* en noveles combinaciones (Stiglitz, 2009; Crotty, 2009).

Sobre tres trillones de dólares en productos derivados consistentes en préstamos hipotecarios otorgados bajo criterios laxos o inexistentes recibieron altas calificaciones de Standard & Poor’s y Moody’s. Para el 2010, setenta y tres por ciento de los derivados hipotecarios que abultaban las carteras de inversionistas consistían en hipotecas basura. Entre el 2002 y el 2007, las instituciones financieras aprobaron unos \$3.2 trillones en préstamos hipotecarios a personas inelegibles. Estas corporaciones, dijo Joseph Stiglitz, reconfiguraron paquetes de valores “respaldados” por hipotecas de alto riesgo en unos de menor riesgo, un acto de magia calificadora. Richard Michalek, ex oficial de Moody’s admitió al Congreso que era crucial retener a los clientes, quienes amenazaban con acudir a la competencia si no recibían el “rating” por el que pagaban buen dinero (*Inquiry Report* 210). En una comunicación interna divulgada por la Comisión cameral, dos colegas de Moody’s expresaron el deseo de enriquecerse antes del colapso fatal: “Rating agencies continue to create and [sic] even bigger monster--the CDO market. Let's hope we are all wealthy and retired by the time this house of cards falters”. Mientras tanto, las ganancias de las calificadoras se habían disparado de \$3 billones a \$6 billones (Mullard 77). O como admitió otro ex oficial de Moody’s: “Profits were running the show” (Morgensen, Gretchen. “Credit Agency Heads Grilled by

Lawmakers.” *The New York Times*, 22 de octubre de 2010).

El informe cameral responsabiliza a la Reserva Federal de haber abdicado de sus responsabilidades y de no haber actuado para neutralizar el colapso financiero. Antes de la desregulación bancaria, a los bancos no se les permitía incursionar en el casino bursátil. Ahora, los bancos podían operar como un centro comercial, todo bajo un techo: “Financial institutions made, bought, sold mortgage securities they never examined, did not care to examine, or knew to be defective” (*The Financial Crisis Inquiry Report*, p. xvii). Este informe consta de 633 páginas que explican de manera minuciosa los pormenores de la crisis. Evidencia con toda crudeza la debacle moral, el daño social que se inflige a la sociedad cuando individuos con poder político y económico actúan movidos por deseos instintivos destructivos y egocéntricos en menoscabo del bien común. Demuestran la importancia de regular la economía, de ceñirse a códigos éticos para proteger de desmanes a la sociedad. La Comisión, por otro lado, admite que el capital regentea el Congreso, con sus excepciones de rigor: “[De 1999 al 2008] the financial sector expended \$2.7 billion in reported federal lobbying expenses. Individual and political action committees [spent] \$1 billion in campaign contributions” (p. xviii).

En ese contexto de desafuero ético, las calificadoras crediticias Moody’s y Standard & Poor’s contribuyeron a intensificar la crisis a raíz de su inherente conflicto de interés institucional al calificar AAA productos financieros de sus clientes a cambio de dinero, muchos de los cuales tuvieron que degradar a la categoría de basura. De aquí se desprende una espiral de avaricia trágica: todos los actores de la crisis pusieron en circulación trillones de dólares

en productos derivados y estructurados a través de las economías globales sin conocer el nivel de riesgo ni el valor real de estos *Frankenstein* financieros. Ni siquiera las calificadoras podían determinarlo con certeza. El dinero llegaba tan rápido que no hubo tiempo para examinar tales tonterías. Movidos por el rápido incremento en ingresos, Standard & Poor's y Moody's cedieron a presiones de Wall Street dispensando calificaciones AAA a manos llenas.

Estas agencias crearon la ilusión de que los inversores compraban productos seguros, de mínimo riesgo de impago; en realidad, otorgaban alta calificación a “hipotecas basura” (Martínez et al 261). Al saturar el mercado de productos estructurados de poco valor y alto riesgo, las instituciones financieras y bancarias intensificaron la crisis financiera deteriorando la vida de millones de seres humanos (Hill 2010; Rivlin & Soroushian 2017). Su proceder antiético destruyó la confianza que requiere validar de forma confiable productos y bonos en el mercado. Como explican Rivlin & Soroushian, impelidas por calificaciones ficticias, inmensas cantidades de dinero productos de la compra y venta de productos de exigua confiabilidad circularon a través de las economías globales. Los emisores de estos emblecos financieros exigían una alta calificación para poder venderlos a un precio superior. De lo contrario, amenazaban con acudir a la competencia. Además, una alta calificación le permitía a bancos y aseguradoras, entre otros, retener poco capital para invertir más dinero en productos de “alto rendimiento” (Benmelech, 2010; Calabria & Ekins, 2012).

Moody's y Standard & Poor's, según un informe del Senado estadounidense, calificaron AAA a decenas de miles de productos tóxicos integrados por préstamos hipotecarios de alto riesgo para beneplácito

de emisores e inversores. A fines de 2006 estas agencias tuvieron que encarar las consecuencias de su proceder antiético. Los deudores hipotecarios incumplieron (muchos no podían pagar, habían sido coaccionados o engañados a suscribir hipotecas bajo términos impagables) en cantidades astronómicas. A pesar de la debacle, Moody's y Standard & Poor's continuaron otorgando AAA a complejos productos financieros estructurados durante otros seis meses. Como señala el Subcomité,

The captains of finance and the public stewards of our financial system ignored warnings and failed to question, understand, and manage evolving risks within a system essential to the well-being of the American public...And where regulators lacked authority, they could have sought it. Too often, they lacked the political will—in a political and ideological environment that constrained it—as well as the fortitude to critically challenge the institutions and the entire system they were entrusted to oversee. It was the failure to account for human weakness that is relevant to this crisis (xvii-xviii).

Los dos subcomités congresionales que estudiaron esta crisis (*The Financial Crisis Inquiry Commission* y *The U.S. Senate Permanent Subcommittee on Investigations*) adjudican responsabilidad significativa a las acreditadoras por la debacle financiera. La Subcomisión senatorial concluyó que “Inaccurate AAA credit ratings introduced risk into the U.S. financial system and constituted a key cause of the financial crisis” (Partnoy 2017). En efecto, Tomás, Kant y Freud hubiesen estado de acuerdo en que normas y leyes son recursos indispensables para cerrarle el paso a los peores instintos destructivos y

egocéntricos que proliferan en la mente de todo ser humano.

Santo Tomás de Aquino: igualdad y justicia

No empece su lealtad doctrinaria católica, Santo Tomás de Aquino reconocía las complejidades inherentes a la experiencia humana, la coexistencia del ámbito terrenal y el espiritual (Baumgarth & Regan xv). La conciencia tomasina supone facultad cognoscitiva, inteligencia en todo ser humano. Acorde con la voluntad Divina, cada persona es importante. Concibe al individuo como agente moral, imbuido de razón y de conciencia, capaz de actuar a tono con parámetros éticos, propio de la reflexión, acorde con la justicia y la caridad. La caridad, según Tomás, supone una voluntad encaminada hacia el amor perfecto. No puedo, por supuesto, hacer justicia a la compleja obra de Santo Tomás de Aquino. Las reflexiones de este artículo se basan en lecturas de textos de Tomás con respecto a la consciencia, la ley, la moral, el derecho y la justicia. Enmarcado en la razón y la lógica inherentes al pensamiento escolástico medieval, el pensador considera que el individuo racional visualiza la verdad y el bien últimos, la conexión excelsa con Dios, el acceso inefable a la felicidad. La felicidad consta de las cosas que conducen a nuestra integridad holística, ajeno a las tentaciones y deseos materiales que satisfacen nuestros apetitos inmediatos en menoscabo del amor a los demás.

Se alcanza la felicidad al vislumbrar la esencia del mundo y del Creador, al potenciar el desarrollo del intelecto y contribuir al universo mediante prácticas de amor, validando el deber ineludible de amar a nuestro prójimo. Similar a idearios kantianos y freudianos, el amor desinteresado constituye la pieza medular de la ética tomística. Kant propone una ley

moral que reside *a priori* en la mente; Freud expone un ego susceptible a influencias culturales externas que desarticula urgencias internas egocéntricas; Tomás teoriza una ley natural, imbuida de fuerza divina que compele al bien.

Dada la diversidad humana, ¿Cómo se concilian deseos e inclinaciones tan diversas? Concibamos nuestras acciones, dice Kant, como si fuesen leyes universales, aplicables a todas las personas y en todas las circunstancias, deber moral que califica de Imperativo Categórico. Su fundamento ético supone no causar daño a los demás. Tomás, por su parte, propone que las leyes respondan al bien común y no a sectores o individuos privilegiados: “Therefore, every law is ordained to the common Good” (14). Precede a Kant con la noción de que existe en la mente de los individuos una ley natural *a priori*. Esta ley natural nos vincula con la ley eterna promulgada por el Creador. Las leyes humanas surgen de la razón falible, lo que torna imperativo la infalible ley divina. Anticipando a Freud, argumenta que las leyes humanas resultan ineficaces a la hora de contravenir fuerzas interiores, pulsiones mentales que devienen en resultados buenos y malos. La virtud, su contrapeso, enmarca acciones individuales y colectivas a tono con el bien común.

La virtud correlaciona con nuestras inclinaciones naturales pero las pasiones y los deseos materiales pueden desarticular su propensión al bien: “...in the wicked...virtue is corrupted by vicious habits...passions” (43). Saber natural, la fe y la sabiduría conducen al bien en acción concertada. El pecado o la falta no pueden destruir el bien natural. El temor y la fuerza, dice el filósofo, son recursos útiles que disuaden de hacer el mal y protegen a la sociedad de la maldad (57). Pueden inducir a la virtud. Después de todo, afirma, el ser humano es el único ente vivo que puede usar

la razón para planificar la maldad y encausar la concupiscencia (57). Abstenerse de causar daño a otro ser humano constituye un principio ético medular.

Cataloga como injusta toda ley ajena al bien común (71). En ese caso, Tomás justifica la desobediencia civil: "...if a case arise wherein the observance of the law would be hurtful to the general welfare, it should not be observed" (75). En *Summa Theologica*, el pensador medieval menciona el bien común numerosas veces, una idea fundamental en su ideario. Remite la "buena" moral a la razón y lo contrario a lo irracional. La persona recta, dice, se comporta bien con los demás en su comunidad (93). Se abstiene de infligir daño a los demás. Del bien común parte la equidad entre los individuos, el reconocimiento de la dignidad de cada cual: "...since justice by its name implies equality, it denotes essentially relation to another, for a thing is equal, not to itself, but to another" (147). La justicia, de hecho, es el principio rector en las relaciones interpersonales (149). Los actos virtuosos, dice, remiten a un sentido de justicia que recalca en el bien común: "...all acts of virtue can pertain to justice insofar as it directs man to the common good" (152). La injusticia, por tanto, es un pecado.

El pensador reconoce el papel que juega la mente en la conducta de los seres humanos. La razón, sin embargo, puede desarticular las inclinaciones destructivas a las que conminan los instintos irracionales. Similar a Kant, argumenta que la igualdad social y el bien común deben prevalecer sobre el interés individual de enriquecerse, admonición ignorada en estos días neoliberales. Después de todo, la virtud brilla cuando se hace el bien a los demás. Prefigura estos días de un mundo financiero desregulado, movido por la avaricia, "...which knows no limit and tends to

infinity" (196). El interés personal fractura la sociedad y la convierte en accesorio de individuos dominantes. El interés común, por el contrario, une a la comunidad. Aun los líderes políticos deben actuar en beneficio del bien común; de lo contrario, su régimen sería inmoral.

En materia doctrinaria, sin embargo, Tomás expresa inflexibilidad. Los incrédulos deben ser forzados a aceptar la fe católica. Los ritos de doctrinas antagónicas son inaceptables. Estos pecadores, afirma, merecen la muerte por cuanto minar la fe constituye la falta más grave. Al separar a estos herejes de la comunidad se salvan otras almas incontaminadas por ideas transgresoras. Las muertes de los desafectos de la iglesia propenden a proteger el bien común espiritual.

Sus ideas recibieron atención crítica en los 30 y los 40, periodo histórico de activismo progresista y laboral y del Nuevo Trato de Roosevelt, en la que el estado asumió un papel protagónico, interventor, para contrarrestar los efectos perniciosos de la Gran Depresión, cónsono con el llamado del Papa Pio XI a la justicia social y al bien común de las sociedades del mundo (Keys 125; McIntosh 253). Hoy, por el contrario, parece que vivimos alienados unos de otros. Al decir de Elders: "People are now living in a world dominated by technology. The result is that the language of nature, which is also that of morals, is no longer understood" (463).

El filósofo medieval reconoce la importancia del deseo, cuyo valor radica en orientarse hacia lo honorable, lugar final del bien: "Enjoyment, then, is not per se good; it is only good to the extent that it occurs when appetite comes to rest in what is honorable. Nor is bare usefulness good in its own right: the goodness of a useful thing depends on its being used for the sake of the honorable"

(Hinton 834). A tono con su pensar ético, el pensador conmina a la humanidad a vivir la Otredad, a fortalecer la espiritualidad y el entramado social mediante acciones que propenden al bien común. El clérigo ejemplifica una vida orientada a los demás, particularmente los desposeídos, centro de su pensamiento teológico y filosófico. En ese contexto, compone una oración en la que le pide a Dios interceder para que le lleve a compartir sus bienes con las personas necesitadas (Ryan 173-174). En la medida en que actuamos en armonía con el bien común se concretan nuestras posibilidades de ser y actuar a un nivel más elevado; devela, diría Freud, un desarrollo óptimo del ego. Desplaza de la teoría al acto, la fe, la esperanza y la caridad, pilares teológicos del proyecto religioso que sustenta su pensar y su sentir (Ryan 174).

La plenitud, según la visión tomista, es el fin de la existencia, el crisol de la felicidad. Por lo tanto, “Not to reach that end is evil or privation of being” (Thiry 178). La virtud permite desplegar perfiles del ser subsumidos en el bien, acciones universales que exuden felicidad. La virtud, el bien y la felicidad demarcan el camino hacia la congruencia teológica y espiritual con Dios. Expone una ética predicada sobre el tipo de persona al que aspiro a ser. Ese punto es clave porque implica una mirada concreta, anclada en el mundo material, en el adelanto moral del individuo. Bien apunta Thiry que “Therefore the emphasis in thomistic ethics is not on the enumeration of permitted and forbidden actions but on the problem of how to become truly human” (180). Es decir, actuar correctamente no se relaciona con afiliación religiosa sino con el ser. Más aún, trenzados en un conflicto entre lo que ordena nuestra conciencia y lo que prescribe la iglesia, el filósofo afirma que nuestro deber moral consiste en obedecer nuestra conciencia (Keenan 358). Monitoreamos nuestro proceder no a base del acto sino de

la intención. Si la intención contempla extender a cada persona lo que corresponde, la intención y el acto concretan el bien.

Neves y Melé argumentan que Tomás propone la diversidad cultural como un elemento medular del universo perfecto (769). Saber y amor al prójimo configuran la virtud tomasina. El filósofo se aparta de consideraciones doctrinales para validar coherencias humanas, lo que nos une, reconocimiento de la Otredad. Reconocer supone extender el bien. La virtud encarna la preeminencia del amor, fundamento afectivo y material del bien común.

El Imperativo Categórico Kantiano

Las acciones y las ideas de los individuos no surgen del vacío. Circunstancias sociales, culturales y políticas operan a modo de trasfondo propiciando una relación dialógica con el tiempo-espacio que enmarca la existencia de las personas. Como expresa el historiador E.P. Thompson, “The discipline of history is, above all, the discipline of context”. En el caso del notable filósofo Immanuel Kant (1724-1804), su obra promueve las artes, la educación y las ciencias, un proceder cónsono con la Ilustración europea. Más aún, promovió la libertad de conciencia (igual que Aquino cuatro siglos antes) en el territorio prusiano. Como veremos, Kant propone que los parámetros morales de la humanidad surjan de leyes morales que se imponen a sí mismos los individuos.

Atraído por la obra científica de Galileo, Newton y Copérnico, Kant considera que la filosofía debe adoptar un sentido crítico similar al de las ciencias. Kant, concordando con Tomás, expone que todo ideario material, inmerso en experiencia personal, corre el riesgo de contaminarse con inclinaciones pedestres, egoístas y destructivas, pulsiones de energía

que desencadenan acciones antisociales y narcisistas que proceden del id, como diría Freud. Examina la realidad de su momento histórico enfocando típicas expresiones de los políticos con respecto al interés propio y a la violencia que desencadenan para lograr sus propósitos. Visualiza la importancia de organizaciones internacionales, el derecho internacional y sociedades justas (Kain 325-326). Aun el soberano autócrata, que concibe el filósofo, implantaría leyes que se concedería el pueblo a sí mismo.

Kant objetaría la desregulación económica porque contraviene el interés público y beneficia un pequeño grupo de financieros adinerados. En el caso de la Gran Recesión del 2007, la ausencia de leyes y normativas financieras enriqueció a este grupo privilegiado, perjudicando millones de seres humanos que perdieron sus hogares, sus bienes y sus empleos. Bien expone el pensador que “...the ground of obligation here must not be sought in the nature of the human being or in the circumstances of the world in which he is placed, but a priori simply in concepts of pure reason” (57). En el mundo, la moral queda comprometida por urgencias egoístas nutridas por el efímero brillo del oro y del poder. Los que viven bajo el influjo de lo intrascendente, de lo material, actúan al compás de la prebenda para el beneficio propio en menoscabo del interés social. Reconoce Kant las debilidades humanas, de ahí el imperativo categórico, un mandato moral que surge de la razón de cada individuo, incontaminado por deseos instintivos o materiales. Ante la ausencia de estas leyes morales, peligra la persona, incitada por contingencias materiales evanescentes. En el individuo de conducta íntegra interactúan la ley moral (que se adjudica a sí mismo el sujeto moral y la razón práctica. Al igual que Tomás, expresa que todo individuo es capaz de usar la razón para afrontar vicisitudes existenciales. El

uso efectivo de la razón es universal e inclusivo; no obedece a jerarquías establecidas por distintas instancias de poder.

La desregulación implica que el estado accede a las exigencias del capital de eliminar trabas legales y reglamentarias dejando a los ciudadanos a la merced del ficticio “mercado que se regula a sí mismo”, un proyecto fetichista que encauzó las peores expresiones de humanidad de los actores financieros que precipitación esa catástrofe global que fue la Gran Recesión de 2007. El estado de la cuestión sugiere que la desregulación económica fue un elemento clave en el desplome de la economía que caracterizó la debacle global del 2007 (Crotty & Epstein, 2009; Bentley, 2015; Silvers & Slavkin, 2009; Murdock, 2012). De hecho, antes de la oleada desregulatoria de los 80, los estadounidenses habían convivido cinco décadas sin una crisis financiera (Murdock 505).

Solo, afirma Kant, la buena voluntad es moralmente correcta en todo momento. Los talentos naturales pueden resultar nocivos a los demás cuando se usan en ausencia del rigor moral inherente al Imperativo Categórico. En una idea pertinente a la intensa actividad destructiva y narcisista que tuvo lugar durante la Gran Recesión, bien dice Kant: “Power, riches, honor, even health and that complete wellbeing and satisfaction with one's condition called happiness, produce boldness and thereby often arrogance, as well, unless a good will is present which corrects the influence of these on the mind and, in so doing, also corrects the whole principle of action and brings it into conformity with universal ends” (61). Somos felices, implica el pensador, cuando actuamos cónsono con fines universales.

La buena voluntad, reitera el filósofo alemán, es buena en sí misma. No concibe

objetivos materiales, sino del deseo de obrar bien porque es lo correcto. La razón kantiana descarta promover acciones narcisistas o instintivas. En el capítulo I de su *Groundwork* expresa una idea que, a mi juicio, está dirigida a la banal aristocracia europea: “And, in fact, we find that the more a cultivated reason purposely occupies itself with the enjoyment of life and with happiness, so much the further does one get away from true satisfaction” (9). Bien tuvo esta admonición presente Santo Tomás de Aquino: en contra de los deseos de sus padres, integró la orden dominica, no la benedictina, para dedicar su vida a estudiar y a enseñar.

La buena voluntad caracteriza un agente activo que actúa sobre el mundo, que incide sobre el bienestar de las personas con las que interactúa, proceder ético que legitima el ser moral. En términos kantianos, el sujeto moral hace lo correcto sin tomar en cuenta las consecuencias; su brújula moral valida lo que debe hacer por la ley moral, *a priori*, que me induce al bien. De esa manera, se acceda a la libertad porque nos hemos librado de deseos materiales e instintivos que conducen a la regresión moral. Nada prevalece sobre la razón moral. Dice Wood:

We would be right to see Kant as a philosopher who regards the human moral condition as one of inevitable conflict, as involving a problematic struggle against our own imperfections; and he therefore admires those who engage in heroic combat against themselves rather than dwelling in the sentimental hope of avoiding it by recapturing their supposed lost innocence, or those who rise above their inner conflicts by attaining to some higher state of moral harmony (459).

Kant explica que deseos y necesidades insatisfechas pueden llevar a

transgredir el deber moral. Aun así, se debe obrar a tono con la ley moral no porque contraviene impulsos instintivos sino porque es lo correcto. En ese caso, irrelevantes resultan afanes de poder económico o político. En ese sentido, los preceptos de la ley, en sí misma, compele al ser racional a obrar un bien desprovisto de propósitos u objetivos favorables. El sujeto moral reverencia la ley moral *a priori* que, dice Kant, surge de la libertad de elegir el camino menos transitado (pienso en el poema “*The Road Not Taken*”, de Robert Frost⁷), una opción anclada en nuestro vínculo con lo inefable, el deber que fructifica y nos convierte en agentes efectivos de alcance social. Fruto del albedrío trascendente, construye lazos de solidaridad que abonan a la felicidad que suscitan satisfacciones imperecederas.

Kant democratiza una razón inclinada a obrar conforme al deber de hacer el bien según consigna la ley que hemos consentido en validar mediante acciones que redundan en el bien al prójimo. De esta suprema premisa de amor surge la célebre admonición del clérigo protestante (dado, al igual que Tomás, a la disidencia doctrinaria): “I ought never to act, except in such a way *that I can also Will that my maxim should become a universal law*” (30). En ese caso, nuestros actos evidencian adherencia a un principio ético, cuya práctica universal vincula intereses divergentes bajo el palio del bien personal y colectivo. El bien que practicamos opera como brújula moral que trasciende fronteras y diferencias y desarticula instintos agresivos y egocéntricos. Posibilita un estadio moral superior de la humanidad.

El deber parte de un precepto que regula los actos del sujeto moral; implica exteriorizar la reverencia por la ley. Se actúa cónsono con una ley que concibo como ley universal. Lo que deseo para mí lo deseo

para todos; actúo como aspiro a que actúen todos respecto a mí.

Santo Tomás de Aquino, Kant y Freud coinciden en que los humanos no son confiables porque tentaciones materiales socavan la endeble voluntad humana. El sujeto racional, por el contrario, controla las pasiones. El Categórico Imperativo rige al sujeto racional, quien actúa de manera incondicionada. Se hace el bien porque es deber que impone la razón, ideario de buena voluntad ajena al egoísmo y a la avaricia. El sujeto kantiano no actúa en beneficio propio. En ese sentido, no induciría personas vulnerables a tomar hipotecas que no podían pagar, no inundarían el mercado con productos de ingeniería financiera consistente en préstamos impagables cuyo contenido y valor no podían determinarse ni aun por los ingenieros financieros, egresados de MIT y Harvard, que los crearon. En fin, el Categórico Imperativo nos lleva a actuar en consonancia con una ley universal que beneficia a la humanidad, norte de un albedrío de alcance global que actúa cónsono con el bien común.

Como parte de su compás moral, Kant ofrece esta célebre admonición: “Act in such a way that you always treat humanity, whether in your own person or in the person of any other, never simply as a means, but always at the same time as an end” (32-33). Cada individuo conlleva valor absoluto, el reconocimiento de su dignidad. No puede ser usado como un medio para propiciar beneficios a expensas del Otro. No debe ser objeto que satisfaga nuestros deseos materiales.

Wood subraya las implicaciones centrífugas del ideario humanístico, igualitario de Kant, quien reconoce y reclama respeto y espacio para las diferencias, valida la dignidad de cada ser humano: “Kantian ethics is grounded on the

dignity of rational nature. It requires not only respect for individual rights and the equal worth of human beings, but also the idea of a cosmopolitan community in which the ends of all rational beings must form a unity to be pursued collectively” (2). Kant concibe una comunidad moral igualitaria en la que todo individuo actúa a instancias de una ley inefable *a priori* que el individuo se aplica a sí mismo en su interacción consigo mismo y con los demás en un plano de igualdad. Como observa Kitcher: “...the idea that anyone can be a member of a moral community, can follow moral principles, is an equal member” (578).

El pensador considera que una voluntad atemperada por la razón resiste los embates de los instintos y las tentaciones que ofrece el mundo exterior (Packer 429). La naturaleza ofrece talentos que resultan nocivos cuando se manifiestan en ausencia de buena voluntad. Por implicación, diría Kant, regular la economía es importante porque evita los efectos de conductas temerarias de individuos seducidos por deseos narcisistas y destructivos.

Freud: la humanidad incivilizada o la dialéctica del amor

if often he was wrong and, at times, absurd,
to us he is no more a person
now but a whole climate of opinion
under whom we conduct our different lives . . .

(W. H. Auden, In Memory of Sigmund Freud)

Freud desestabilizó nuestra idea de la realidad confrontándonos con la riqueza, la complejidad y las contradicciones de nuestro mundo mental. Explica cómo pulsiones antagónicas luchan por prevalecer desencadenando el bien y el mal que se observa en nuestra vida cotidiana. Contienen energías antagónicas, la lucha entre el principio del placer y el principio de la realidad. Al igual que Santo Tomás de

Aquino y Kant, Freud considera que podemos resistir a las fuerzas irracionales que impactan el mundo cada minuto. El deseo de gratificación inclina al placer, pero fuerzas mentales inhibitorias impiden su desenlace. Mantener la integridad del ser constituye una prioridad, fundamenta acciones orientadas hacia el Otro. Esa interacción social concreta mi agencia, mi capacidad de actuar para incidir de manera positiva sobre mí mismo y sobre los demás; supone la experiencia de existir a un nivel superior, ajeno a los señuelos que desprecizan al id. Validar el yo y reconocer al Otro supone integridad ética que se posibilita en una sociedad fundada sobre el bien común. O, como expresa Karlsson: “Thus, the experience of existence must be the subject's first, original striving, and that which is ‘beyond’ the pleasure principle. Whatever name we give it, this process concerns an affirmation of existence” (49). Como demostraron Franklin D. Roosevelt y Lyndon B. Johnson mediante “El Nuevo Trato” y “La Gran Sociedad”, respectivamente, con sus limitaciones y defectos, el estado puede ser un poderoso agente de bien común, que mejora la vida de millones de personas.

En su *Introductory Lessons on Psycho-Analysis*, Freud expone que la civilización requiere que el individuo reprima impulsos mentales que conflijan con el orden social. Los individuos acceden a reprimir urgencias instintivas irracionales para viabilizar una sociedad cohesiva en la que se armonizan necesidades y deseos divergentes. Es decir, no somos prisioneros de nuestras peores propensiones. Similar a Tomás y a Kant, Freud propone un agente autónomo en cuya voluntad reside el saldo final de sus actos. Confrontado con esquemas culturales superiores que desarticulan impulsos destructivos, el id resulta estremecido por “important libidinal vicissitudes” (*The Ego and the Id*, 32). Es

decir, culturas superiores desarticulan nuestras inclinaciones egocéntricas y depredadoras. De ahí, por ejemplo, que los países nórdicos (Islandia, Dinamarca, Noruega, Finlandia y Suecia) manifiesten una sólida cohesión social.⁸ Estos países capitalistas, pero orientados al bien común, ofrecen una calidad de vida superior a sus ciudadanos, inexistente en Estados Unidos.

En su *Civilization and Its Discontents*, quizás su texto más conocido, Freud plantea la importancia de regular la interacción entre los seres humanos para evitar que las personas más poderosas puedan imponer su voluntad a los demás. En ese sentido, esos parámetros constituirían la norma ética a seguir: “...if the attempt were not made [de imponer normas de convivencia social], the relationships would be subject to the arbitrary will of the individual: that is to say, the physically stronger man would decide them in the sense of his own interests and instinctual impulses” (*Civilization* p. 48). Más adelante, en un pasaje ignorado por la crítica, Freud expresa que es posible impedir que estos individuos privilegiados impongan su voluntad y causen daño a los demás fortaleciendo redes sociales de colaboración orientadas al bien común: “Human life in common is only made possible when a majority comes together which is stronger than any separate individual and which remains united against all separate individuals...This replacement of the power of the individual by the power of a community constitutes the decisive step of civilization” (49).⁹

Freud explica que los integrantes de la comunidad anteponen el bien común a sus inclinaciones egocéntricas y destructivas; logran soslayar las pulsiones irracionales del id actuando en consonancia con los mejores intereses de la sociedad (49). En una importante nota al calce, Freud critica a las instituciones educativas por no haber

provisto las herramientas que los jóvenes necesitarán para protegerse de los impulsos agresivos de los demás. Les acusa de enmarcar la enseñanza de la ética en un mundo ficticio regido por normas éticas ignoradas o inexistentes (*Civilization* 99). El pensador nos confronta con una pregunta crucial para el convulso mundo en que vivimos: “The fateful question for the human species seems to me to be whether and to what extent their cultural development will succeed in mastering the disturbance of their communal life by the human instinct of aggression and self-destruction” (*Civilization* 111). La interrogante implica que la sociedad puede institucionalizar esquemas culturales, una red de saberes y prácticas éticas, anclados sobre la solidaridad y el bienestar de los demás. Se pregunta, en este texto publicado en los terribles días de la Primera Guerra Mundial, si el poder restaurador, unificador y creativo de Eros podrá salvarnos de nosotros mismos. Imposible, dice, poder predecir el resultado para la humanidad. Pero el simple hecho de preguntar supone, en mi opinión, un asomo de optimismo.

Conclusiones

Dado que inflige daño a los individuos y vulnera el tejido social, creo que Santo Tomás de Aquino, Immanuel Kant y Sigmund Freud se hubiesen opuesto a la desregulación de la economía porque libera nuestros instintos egocéntricos y destructivos. En el marco de la economía neoliberal que prevalece en Estados Unidos, la ausencia de marco regulatorio permitió que Moody’s y Standard & Poor’s vendiesen clasificaciones crediticias ficticias a sus clientes. Informes congresionales estadounidenses identificaron esa práctica antiética como una causal significativa de la Gran Recesión de 2007, causando grave daño a millones de familias estadounidenses.

Asimismo, el sistema de salud corporativo estadounidense excluye a muchos ciudadanos a quienes les urge recibir atención médica porque carecen de seguro de salud, no existen facilidades hospitalarias en su vecindario o tienen seguro médico, pero no pueden afrontar los altos costos. Ese sistema de salud, integrado al aparato financiero, limita el acceso a servicios de salud, encarece los costos y lleva a muchos a la bancarrota económica.¹⁰ Por esta razón, Tomás, Kant y Freud hubiesen abogado por normas gubernamentales que codifiquen el derecho a la salud y eviten la especulación financiera. Estos tres pensadores hubiesen rechazado la desregulación porque viabiliza conductas narcisistas y destructivas. La economía debe ser, al contrario, inclusiva, orientada al bien común y a mejorar la calidad de vida de la gente. Podemos ser mejores, implican los filósofos, uniendo voluntades que concretan nuestra posibilidad de obrar bien, viabilizando una calidad de vida óptima y el despliegue del potencial creativo y productivo de cada cual. Extiende una conexión humana igualitaria, peldaño que conduce al vínculo inefable con el universo, marco supremo de igualdad y justicia.

El individuo autónomo, proponen los pensadores desde sus diferencias particulares, actúa impelido por la ley moral que devela su conexión con la sociedad y consigo mismo. El poder emana del interior, ajeno a los requiebros del mundo exterior. Que la moralidad no es un espectro cerebral, dice Kant (112); es el tapiz de fondo que conduce a nuestras mejores posibilidades de convivencia social.

Si los santos trascendieron el mundo, dice el no creyente Freud, porque resistieron el embate de urgencias materiales, apertrechados de santidad y fe, somos capaces

también de asir esa fuerza etérea para configurar un planeta afín a la inclusión. Si la razón y la voluntad son libres, podemos, como los santos, desarticular nuestras peores tendencias y encauzar nuestra conciencia hacia el bien, fuente de gratificación infinita, privilegio de una razón orientada hacia el Otro.

Referencias

Abelson, Reed, and Margot Sanger-Katz. “Serious Medical Errors Rose After Private Equity Firms Bought Hospitals.” *The New York Times*, 26 Dec. 2023. *NYTimes.com*, <https://www.nytimes.com/2023/12/26/upshot/hospitals-medical-errors.html>.

Aquinas, Thomas, et al. *On Law, Morality, and Politics (Second Edition)*. Hackett Publishing, 2003.

Asen, Robert. “Neoliberalism, the Public Sphere, and a Public Good.” *Quarterly Journal of Speech*, vol. 103, no. 4, Nov. 2017, pp. 329–49. *EBSCOhost*, <https://doi.org/10.1080/00335630.2017.1360507>.

Bentley, K. *The 2008 Financial Crisis: How Deregulation Led to the Crisis*. 2015. *Semantic Scholar*, <https://www.semanticscholar.org/paper/>

Binde, Jerome. “Toward an Ethics of the Future.” *Public Culture*, vol. 12, no. 1, 2000, pp. 51–72.

Calabria, Mark, and Emily McClintock Ekins. *Regulation, Market Structure, and Role of the Credit Rating Agencies*. 2225950, 1 Aug. 2012. *Social Science Research Network*, <https://papers.ssrn.com/abstract=2225950>.

Chan, Sewell. “Financial Crisis Was Avoidable, Inquiry Finds.” *The New York Times*, 25 Jan. 2011. www.nytimes.com/2011/01/26/business/economy/26inquiry.html.

Coglianesi, Cary. “Optimizing Regulation for an Optimizing Economy.” *University of Pennsylvania Journal of Law & Public Affairs*, Jan. 2018, https://scholarship.law.upenn.edu/faculty_scholarship/2116.

“Competition in Health Care Research.” *American Medical Association*, 12 Dec. 2023, <https://www.ama-assn.org/delivering-care/patient-support-advocacy/competition-health-care-research>.

“Credit Rating Agency Reform Is Incomplete.” *Brookings Institute*, <https://www.brookings.edu/articles/credit-rating-agency-reform-is-incomplete/>. Accessed 12 Jan. 2024.

Crotty, James. “Structural Causes of the Global Financial Crisis: A Critical Assessment of the ‘New Financial Architecture.’” *Cambridge Journal of Economics*, vol. 33, no. 4, 2009, pp. 563–80.

Crotty, James, and Gerald Epstein. “Regulating the US Financial System to Avoid Another Meltdown.” *Economic and Political Weekly*, vol. 44, no. 13, 2009, pp. 87–93.

Neves, João César, & Domènec Melé. “Managing Ethically Cultural Diversity: Learning from Thomas Aquinas.” *Journal of Business Ethics*, vol. 116, no. 4, 2013, pp. 769–80.

Davies, Brian. “St Thomas Aquinas as a Dominican.” *New Blackfriars*, vol. 60, no. 706, 1979, pp. 102–16.

Davis, Mark. “Resisting Academic Neoliberalism: Urgent Tasks for Critique in an Age of Collapse.” *Angelaki*, vol. 28, no. 5, Oct. 2023, pp. 3–20. *EBSCOhost*, <https://doi.org/10.1080/0969725X.2023.2243155>.

Einav, Liran, and Amy Finkelstein. “Opinion | We’re Already Paying for Universal Health Care. Why Don’t We Have It?” *The New York Times*, 18 July 2023. *NYTimes.com*, <https://www.nytimes.com/2023/07/18/opinion/universal-health-care.html>.

Etzioni, Amitai. “Toward a Kantian Socio-Economics.” *Review of Social Economy*, vol. 45, no. 1, 1987, pp. 37–47.

Freud, Sigmund. *Introductory Lessons on Psycho Analysis* (J. Strachey, Trans.). W.W. Norton & Company, 1966.

--- *The Ego and the Id* (J. Strachey, Trans.). W.W. Norton & Company, 1960.

--- *Beyond the Pleasure Principle* (J. Strachey, Trans.). W. W. Norton & Company, 1961.

--- *Civilization and Its Discontents* (J. Strachey, Trans.). W.W. Norton & Company, 1966a.

Gerstle, Gary. *The Rise and Fall of the Neoliberal Order: America and the World in the Free Market Era*. Oxford U. Press, 2022.

Gorton, Gary B., and Andrew Metrick. *Regulating the Shadow Banking System*. 1676947, 18 Oct. 2010. *Social Science Research Network*, <https://doi.org/10.2139/ssrn.1676947>.

Grant, Joseph Karl. *What the Financial Services Industry Puts Together Let No Person Put Asunder: How the Gramm-Leach-Bliley Act Contributed to the 2008-2009 American Capital Markets Crisis.* 1525670, 18 Dec. 2009. *Social Science Research Network*, <https://papers.ssrn.com/abstract=1525670>.

Hagiwara, Shinjiro. “Why Did the World Economic Crisis of 2008-2009 End in the Great Recession? A Critical Comparison of the Great Depression and the Great Recession.” *World Review of Political Economy*, vol. 10, Apr. 2019, pp. 24–39. www.scienceopen.com, <https://doi.org/10.13169/worldreviewpoliecon.10.1.0024>.

Harvey, David. *A Brief History of Neoliberalism.* Oxford University Press, 2005. academic.oup.com, <https://doi.org/10.1093/oso/9780199283262.001.0001>.

--- “Neoliberalism as Creative Destruction.” *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 610, 2007, pp. 22–44.

Hill, Claire. “Why Did Rating Agencies Do Such a Bad Job Rating Subprime Securities?” *U. Pitt. L. Rev.*, Jan. 2010, https://scholarship.law.umn.edu/faculty_articles/80.

Hinton, Timothy. “Kant and Aquinas on the Priority of the Good.” *Review of Metaphysics*, vol. 55, no. 4, 2002, pp. 825–46.

Investigations, United States Congress Senate Committee on Homeland Security and Governmental Affairs Permanent Subcommittee on. *Wall Street and the Financial Crisis: Anatomy of a Financial Collapse: Majority and Minority Staff Report, Permanent Subcommittee on Investigations, Committee on Homeland Security and Governmental Affairs, United States Senate, April 13, 2011.* Apr. 2011. fraser.stlouisfed.org, <https://fraser.stlouisfed.org/title/wall-street-financial-crisis-anatomy-a-financial-collapse-5094>.

Kain, Philip J. “Kant’s Political Theory and Philosophy of History.” *Clio: A Journal of Literature, History, and the Philosophy of History*, vol. 18, no. 4, 1989, pp. 325–45.

Kannan, Sneha, et al. “Changes in Hospital Adverse Events and Patient Outcomes Associated With Private Equity Acquisition.” *JAMA*, vol. 330, no. 24, Dec. 2023, pp. 2365–75. *Silverchair*, <https://doi.org/10.1001/jama.2023.23147>.

--- “Changes in Hospital Adverse Events and Patient Outcomes Associated With Private Equity Acquisition.” *JAMA*, vol. 330, no. 24, Dec. 2023, pp. 2365–75. *Silverchair*, <https://doi.org/10.1001/jama.2023.23147>.

Kant, Immanuel. *Groundwork of the Metaphysic of Morals.* Trans. By H.J. Paton. First Harper Perennial Modern Thought, 2009.

Karlsson, Gunnar. “Beyond the Pleasure Principle: The Affirmation of Existence.” *The Scandinavian Psychoanalytic Review*, vol. 21, no. 1, Jan. 1998, pp. 37–52. *Taylor and Francis+NEJM*, <https://doi.org/10.1080/01062301.1998.10592662>.

Keenan, James F. “Ten Reasons Why Thomas Aquinas Is Important for Ethics Today.” *New Blackfriars*, vol. 75, no. 884, 1994, pp. 354–63.

Kent, James. “The Finding of Voice: Kant’s Philosophy of History.” *Colloquy*, vol. 30, 2015.

Keys, Mary Martha. *The Problem of the Common Good and the Contemporary Relevance of Thomas Aquinas.* 1998. Thesis. tspace.library.utoronto.ca, <https://doi.org/10/NQ35203.pdf>.

Kluender, Raymond, et al. “Medical Debt in the US, 2009-2020.” *JAMA*, vol. 326, no. 3, July 2021, pp. 250–56. *Silverchair*, <https://doi.org/10.1001/jama.2021.8694>.

Levey, Noam N. “100 Million People in America Are Saddled With Health Care Debt.” *KFF Health News*, 16 June 2022, <https://kffhealthnews.org/news/article/diagnosis-debt-investigation-100-million-american-shidden-medical-debt/>.

Martínez Cabañas, Blanca Rubí, et al. “El papel de las calificadoras de riesgo en la crisis subprime.” *Fides et Ratio - Revista de Difusión cultural y científica de la Universidad La Salle en Bolivia*, vol. 17, no. 17, Mar. 2019, pp. 259–94.

Morgenson, Gretchen. “Credit Rating Agency Heads Grilled by Lawmakers.” *The New York Times*, 22 Oct. 2008. *NYTimes.com*, <https://www.nytimes.com/2008/10/23/business/economy/23rating.html>.

---. “Debt Watchdogs: Tamed or Caught Napping?” *The New York Times*, 6 Dec. 2008. *NYTimes.com*, <https://www.nytimes.com/2008/12/07/business/07rating.html>.

Morgenson, Gretchen, and Louise Story.

“Rating Agency Data Aided Wall Street in Deals.” *The New York Times*, 24 Apr. 2010. *NYTimes.com*, <https://www.nytimes.com/2010/04/24/business/24rating.html>.

Mullard, Maurice. “The Credit Rating Agencies and Their Contribution to the Financial Crisis.” *The Political Quarterly*, vol. 83, no. 1, 2012, pp. 77–95. *Wiley Online Library*, <https://doi.org/10.1111/j.1467-923X.2012.02268.x>.

Murphy, Edward V. *Who Regulates Whom and How? An Overview of U.S. Financial Regulatory Policy for Banking and Securities Markets*. May 2013. *ecommons.cornell.edu*, <https://hdl.handle.net/1813/77838>.

“Hospitals Are a Problem. Competition Is the Answer.” *POLITICO*, 19 Jan. 2023, <https://www.politico.com/news/magazine/2023/01/19/hospitals-competition-antitrust-00078393>.

Palladino, Lenore. “Examining Corporate Priorities: The Impact of Stock Buybacks on Workers, Communities and Investors.” *The Harvard Law School Forum on Corporate Governance*, 22 Oct. 2019, <https://corpgov.law.harvard.edu/2019/10/22/examining-corporate-priorities-the-impact-of-stock-buybacks-on-workers-communities-and-investors/>.

Partnoy, Frank. “What’s (Still) Wrong with Credit Ratings.” *The Harvard Law School Forum on Corporate Governance*, 31 May 2017, <https://corpgov.law.harvard.edu/2017/05/31/whats-still-wrong-with-credit-ratings/>.

Przeworski, Adam. “The Neoliberal Fallacy.” *Journal of Democracy*, vol. 3, no. 3, 1992, pp. 45–59.

Rosenthal, Elisabeth. “Opinion. Your Exorbitant Medical Bill, Brought to You by the Latest Hospital Merger.” *The New York Times*, 25 July 2023. *NYTimes.com*, <https://www.nytimes.com/2023/07/25/opinion/health/health-system-hospital-monopolies.html>.

Ryan, Fáiinche. “Why Do We Still Need Aquinas?” *New Blackfriars*, vol. 95, no. 1056, 2014, pp. 160–76.

Scalet, Steven, and Thomas F. Kelly. “The Ethics of Credit Rating Agencies: What Happened and the Way Forward.” *Journal of Business Ethics*, vol. 111, no. 4, 2012, 477–90.

Silvers, Damon, and Heather Slavkin. “The Legacy of Deregulation and the Financial Crisis: Linkages Between Deregulation in Labor

Markets, Housing Finance Markets, and the Broader Financial Markets.” *Journal of Business & Technology Law*, vol. 4, no. 2, Jan. 2009, p. 301.

“States Confront Medical Debt That’s Bankrupting Millions.” *AP News*, 13 Apr. 2023, <https://apnews.com/article/medical-debt-legislation2a4f2fab7e2c58a68ac4541b8309c7aa>.

Stiglitz, Joseph. “Reforming the Global Economic Architecture: Lessons from Recent Crises.” *The Journal of Finance*, vol. 54, no. 4, 1999, pp. 1508–21.

Interpreting the Causes of the Great Recession of 2008. Financial Crisis Inquiry Commission, 20 Oct. 2009. Yale Program on Financial Stability Resource Library, *YPFS*, <https://ypfs.som.yale.edu/index.php/node/9774>.

Svd, Leo J. Elders. “The Ethics of St. Thomas Aquinas.” *Anuario Filosófico*, 2006, pp. 439–63. *PhilPapers*, <https://doi.org/10.15581/009.39.29305>.

“The Credit Rating Crisis.” *NBER*, <https://www.nber.org/reporter/2010number1/credit-rating-crisis>. Accessed 12 Jan. 2024.

The Financial Crisis Inquiry Commission’s Report Was a Nonpartisan Conclusion. <https://www.nytimes.com/roomfordebate/2011/01/30/was-the-financial-crisis-avoidable/the-financial-crisis-inquiry-commissions-report-was-a-nonpartisan-conclusion>. Accessed 12 Jan. 2024.

“The Harms of Hospital Mergers and How to Stop Them.” *American Economic Liberties Project*, <https://www.economicliberties.us/our-work/the-harms-of-hospital-mergers-and-how-to-stop-them/>. Accessed 2 Jan. 2024.

“The Role of Ethics in 21st Century Organizations.” *Regent University*, <https://www.regent.edu/journal/leadership-advance-online/business-ethics-in-21st-century-organizations/>. Accessed 12 Jan. 2024.

Thiry, L. “The Ethical Theory of Saint Thomas Aquinas: Interpretations and Misinterpretations.” *The Journal of Religion*, vol. 50, no. 2, 1970, pp. 169–85.

United States: Financial Crisis Inquiry Commission. *The Financial Crisis Inquiry Report: Final Report of the National Commission on the Causes of the Financial and Economic Crisis in the United States*. U.S. Government Printing Office, 25 Feb. 2011.

govinfo, <https://www.govinfo.gov/app/details/GPO-FCIC>.

Vladeck, Bruce. “Universal Health Insurance in the United States: Reflections on the Past, the Present, and the Future.” *American Journal of Public Health*, vol. 93, no. 1, Jan. 2003, 16–19.

Wood, Allen. “The Good Will.” *Philosophical Topics*, vol. 31, no. 1/2, 2003, pp. 457–84. *PhilArchive*, <https://doi.org/10.5840/philtopics2003311/24>.

Wood, Benjamin, and Gary Sacks. “The Influence of Share Buybacks on Ill-Health and Health Inequity: An Exploratory Analysis Using a Socio-Ecological Determinants of Health Lens.” *Globalization and Health*, vol. 19, Jan. 2023, p. 3. *PubMed Central*, <https://doi.org/10.1186/s12992-023-00905-0>.

Zwick, Austin. “Welcome to the Gig Economy: Neoliberal Industrial Relations and the Case of Uber.” *GeoJournal*, vol. 83, Aug. 2018. *ResearchGate*, <https://doi.org/10.1007/s10708-017-9793-8>.

Notas

¹ Ver el editorial del New York Times “The Dangerous Race to Put More Children to Work”, 24 de marzo de 2023; “Tyson and Purdue Are Facing Child Labor Investigations” por Hannah Dreier, 23 de septiembre, y “Searching For the Faces of Migrant Child Labor” por Hannah Dreier, 3 de marzo 3, 2023, The New York Times.

² Según Naciones Unidas, “Gaza [es] the most dangerous place in the world to be a child”, <https://press.un.org/en/2023/sc15503.doc.htm>, accesado el 16 de enero de 2024. Un titular de The New York Times devela la magnitud de la violencia que se cierne sobre Gaza: “Gaza Civilians, Under Israeli Barrage, Are Being Killed at Historic Pace”, por Lauren Leatherby, nov. 25, 2023, <https://www.nytimes.com/2023/11/25/world/middleeast/israel-gaza-death-toll.html>.

³ Asen ofrece una definición del bien común que descansa sobre la diversidad, sobre la relación de diversos públicos que interactúan en la sociedad: “As I argue in this essay, this notion of a public good does not refer to specific, bounded content; it does not demand shared experiences; it does not aim for

consensus. Rather, this public good constitutes a practice of articulating mutual standing and connection, recognizing that people can solve problems and achieve goals - and struggle for justice-through coordinated action. In a networked public sphere, there is no singular, universal public good, but multiple articulations of a public good” (331).

⁴ En una ponencia frente al Congreso estadounidense el 17 de octubre de 2019, la economista Lenore Paladino, del *Roosevelt Institute* declaró que “Stock buybacks are one of the drivers of our imbalanced economy, in which corporate profits and shareholder payments continue to grow while wages for typical workers stay flat. Stock buybacks are virtually unregulated, even though Congress has recognized their potential for market manipulation”. <https://corpgov.law.harvard.edu/2019/10/22/examining-corporate-priorities-the-impact-of-stock-buybacks-on-workers-communities-and-investors/>, accesado el 16 de enero de 2024.

⁵ Énfasis de este autor.

⁶ Para una explicación detallada sobre esta crisis véase el informe suscrito por *The Financial Crisis Inquiry Commission (FCIC)* por encomienda congresional. Nicole Gelinas critica a la Comisión por haber suavizado el papel jugado por la desregulación en este desastre financiero y ético: “Without an explanation of how the insurer AIG was able to use derivatives to take on hundreds of billions of dollars in liabilities without putting cash down to cushion the economy from losses, readers might not have been willing to accept the commissioners’ conclusion that unregulated.

⁷ “I shall be telling this with a sigh/Somewhere ages and ages hence: Two roads diverged in a wood, and I—I took the one less traveled by, And that has made all the difference”.

⁸ “The success registered among Nordic countries is broad-based, as Iceland, Finland, Norway and Denmark are among the top 10 in the dimensions of poverty prevention, equitable education, social inclusion and non-discrimination, and intergenerational justice” (6). *Social Justice in the EU and OECD, Index Report 2019*.

⁹ Énfasis de este autor.

¹⁰ En este artículo no tenemos espacio para discutir el papel de las llamadas aseguradoras médicas, quienes ganan dinero mientras aumentan el costo de los deducibles, intervienen en decisiones médicas y limitan el acceso a servicios médicos”.